

UN LUGAR EN LA MESA

Renovación del compromiso católico de superar la pobreza y respetar la dignidad de todos los hijos de Dios

Reflexión Pastoral de los Obispos Católicos de Estados Unidos
United States Conference of Catholic Bishops Washington, D.C.
Noviembre 2002

contenido

- La mesa
- Una misión
- Un contexto
- Un análisis
- Una tradición
- Una dirección
- Una llamada
- Un desafío
- **Apéndice A: *Marco católico para la vida económica***
- **Apéndice B: *Esfuerzos católicos nacionales para superar la pobreza: oportunidades y recursos***
- **Apéndice C: *Declaraciones de la USCCB sobre cuestiones económicas***
- Notas

Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía

quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse?

. . . El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza

Papa Juan Pablo II
Novo Millennio Ineunte, N° 50

UN LUGAR EN LA MESA

la mesa

La mesa es el lugar la gente se reúne para comer. Para muchos, no hay comida suficiente y en algunos casos, no hay ninguna mesa.

La mesa es donde la gente se junta para tomar decisiones: en los barrios, en las naciones y en la comunidad global. Mucha gente no tiene lugar en la mesa. Sus voces y necesidades se ignoran o desechan.

Cuando nos congregamos como católicos para rendir culto, lo hacemos en torno a una mesa para celebrar la Eucaristía. Es en este altar de sacrificio donde escuchamos la palabra salvífica de Cristo y recibimos su Cuerpo y su Sangre. Es la comida sacrificial de Cristo la que nos sustenta para que podamos seguir adelante y vivir el Evangelio como sus discípulos. Muy a menudo, el llamado del Evangelio y las implicancias sociales de la Eucaristía son ignorados o descuidados en nuestra vida cotidiana. Como insiste el *Catecismo de la Iglesia Católica*, "La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres. Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres" (N° 1397).

En nuestro mundo y en nuestra nación, muchos de nuestros hermanos y hermanas viven en la pobreza. Las causas son complejas, pero los resultados son claros. No pueden encontrar trabajo decente, alimentar a sus familias, educar a sus hijos, asegurar atención sanitaria o encontrar vivienda adecuada. Millones de niños viven en naciones con demasiada deuda e insuficiente desarrollo, en sociedades con enfermedades mortales y atención sanitaria inadecuada, en tierras en donde el conflicto y la corrupción dejan a la gente sin un lugar en la mesa. Millones de familias no pueden vivir con dignidad porque carecen de las condiciones que hacen la vida humana.

Como católicos, debemos congregarnos con la convicción común de que ya no podemos tolerar el escándalo moral de la pobreza en nuestro país y tanta hambre y privación en nuestro mundo. Como creyentes, podemos debatir la mejor manera de superar estas realidades, pero debemos estar unidos en nuestra determinación de hacerlo. Nuestra fe nos enseña que las personas pobres no constituyen un tema de discusión ni un problema sino que son hermanas y hermanos en la sola familia humana de Dios.

En muchos sentidos, estos son tiempos difíciles. Los obispos y nuestra Iglesia nos vemos confrontados con el terrible escándalo del abuso sexual clerical y todo el daño, dolor y pérdida de confianza y credibilidad que ha traído consigo. Tenemos la responsabilidad especial de abordar esta crisis y nuestros roles en ella. En nuestras diócesis y como conferencia episcopal, estamos trabajando diligentemente para proteger a los niños y restablecer la confianza. Al mismo tiempo, debemos reconocer que nuestro mundo encara otros urgentes desafíos. Nuestra nación está lidiando con el terrorismo en nuestras propias costas. Nuestra economía está sufriendo daños, sacudida por malversaciones corporativas —y su impacto sobre los trabajadores e inversionistas— así como por las más amplias fuerzas de la globalización y el cambio económico. Nuestro mundo está quebrantado por la violencia mortal, por el hambre y las privaciones generalizadas.

una misión

Mientras nuestra Iglesia está sometida a retos, nuestra nación debe enfrentar el terrorismo y nuestro mundo se ve acosado por el conflicto, ¿por qué enfocarnos en este momento en las problemáticas de la pobreza y la dignidad humana?

Nuestra fe nos llama a ello. El Evangelio y la enseñanza social católica ponen nuestro servicio a los pobres y vulnerables y nuestro trabajo por la justicia en el centro del testimonio cristiano. *Nuestra nación lo necesita.* La sexta parte de nuestros niños vive en la pobreza en la nación más rica de la tierra.¹ Las bendiciones y las cargas de la vida estadounidense no están repartidas compartida equitativamente.

Nuestro mundo lo requiere. Más de 30.000 niños mueren diariamente de hambre, de privaciones y de sus consecuencias.² Las enfermedades y la deuda, la corrupción y el conflicto están amenazando la vida y dignidad de millones de personas en nuestro mundo crecientemente globalizado.

Nuestra salvación lo exige. En la descripción que hace Jesús del Juicio Final, la pregunta crucial es "¿Qué hicieron por estos los más pequeños?" Jesús se identificó él mismo con los hambrientos, los sedientos, los desnudos, los encarcelados y los forasteros, insistiendo en que cuando los servimos lo servimos a él.³

Nuestras acciones pueden marcar una diferencia. A la vista de estos desafíos, nuestra comunidad de fe debe continuar predicando el Evangelio y perseverando en la misión evangelizadora y social de la Iglesia. Podemos ayudar a moldear un mundo en que la vida y dignidad de todas las personas se respeten y protejan.

En la sinagoga de Nazaret, su ciudad natal, Jesús traza su misión y la nuestra: "El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para llevar buenas nuevas a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos".⁴ En estos tiempos de prueba, esta misión de Jesús es el camino que debemos seguir y nuestra tarea urgente.

Ofrecemos esta reflexión pastoral a párrocos y feligreses, a educadores y ciudadanos católicos. Será complementada con otros recursos para la reflexión y la acción en el seno de las familias, parroquias y escuelas. Esta reflexión recoge enseñanzas y políticas existentes, para que nuestra comunidad de fe renueve su compromiso de dar un testimonio cada vez más fiel del amor y la justicia de Dios, protegiendo la dignidad de todos los hijos de Dios, especialmente de los pobres y vulnerables.

un contexto

LOS NECESITADOS

La pobreza no tiene que ver sólo con números. Se trata de padres que no pueden alimentar a sus hijos en América Latina o que se ven en la imposibilidad de llevar a niños enfermos o discapacitados al médico, en Estados Unidos. Se trata de las devastadoras consecuencias de la adicción y de la violencia familiar, de los huérfanos del sida en África, y de las "familias sin padres" en Estados Unidos. No se trata de poseer un auto nuevo o de poder navegar rápidamente en la Internet; sino de tener que ver con un lugar decente donde vivir, comida suficiente, agua limpia en la aldea y aire limpio en la comunidad. Tiene que ver con las virtudes que practicamos en nuestra propia vida y con los valores que promovemos en la vida pública. Se trata de ver si hay un lugar en la mesa para todos en nuestras comunidades, nuestra nación y nuestro mundo.

Soy padre de dos hijos pequeños. Mi esposa y yo venimos recibiendo asistencia del programa "Ohio Works First" poco más de dos años. Todo este tiempo he estado trabajando en una mueblería a cambio de mis beneficios. No me pagan un salario real; sólo recibo \$536 mensuales por 35 horas de trabajo semanal. Esto significa que estoy ganando menos que el salario mínimo; menos de \$4 la hora. De ninguna manera es suficiente para una familia de cuatro.

—Bread for the World

Annett, de 17 años, puede que nunca tenga la ocasión de aprender a leer, mucho menos de realizar su sueño de ser médica. Ella y su hermano y su hermana menores viven en un atestado distrito urbano de la capital de Uganda, Kampala, donde los barrios están compuestos por interminables filas de chozas de madera con techos de lata sobre sucios caminos, sin saneamiento adecuado y deficiente drenaje. Cuando la madre de los niños murió debido a complicaciones relacionadas con el sida, no tuvieron con qué pagar la renta de su casa de una habitación y se quedaron en la calle. Ahora Annett vende verduras para poner un techo sobre sus cabezas y enviar a su hermana menor a la escuela. Pero como cabeza de familia, los sueños de Annett de ir también ella a la escuela tal vez nunca se hagan realidad.

—Catholic Relief Services

Estas personas no son simples estadísticas; son hermanas y hermanos, miembros de nuestra sola familia humana. Pero las estadísticas pueden indicar la magnitud del problema y la urgencia de la tarea. Al entrar en el siglo XXI,

- Más de la mitad de la población mundial vive con menos de dos dólares diarios. Más de 1.200 mil millones de personas viven con menos de un dólar diario.⁵
- Casi 800 millones de personas en todo el planeta, la mayoría de ellas niños, viven con hambre o malnutrición como un hecho regular de la vida.⁶ Viven en pobreza desesperada, lo cual significa que mueren más jóvenes de lo que deberían, luchan con el hambre y las enfermedades, y viven con poca esperanza y menos oportunidades para una vida con dignidad.

Pero la pobreza no se limita a los países más pobres. En nuestra propia nación, la pobreza es también persistente y se extiende por todas partes. Ciertamente, se experimenta de maneras diferentes en lugares diferentes. Ser pobre en nuestro país es muy diferente de ser pobre en el África subsahariana, pero aun así la pobreza disminuye la vida y socava la dignidad de muchas familias que viven en medio de nosotros.

- En Estados Unidos, 34 millones de personas viven por debajo de la línea oficial de la pobreza⁷ (a saber, \$17.960 para una familia de cuatro).⁸ Si todas estas personas

vivieran en un solo estado, su población sería mayor que las poblaciones actuales combinadas de Colorado, Utah, Wyoming Nevada, Nuevo México, Oklahoma, Nebraska, Dakota del Sur, Dakota del Norte, Idaho, Iowa y Arizona.

- Mientras más joven sea uno en nuestro país, más probable es que sea pobre. Más del 15 porcentaje de nuestros niños en edad preescolar está criando en la pobreza.⁹ La discriminación, la falta de oportunidades e injusticia económica empeoran la pobreza, especialmente para los miembros de las comunidades raciales y étnicas, y para las personas con discapacidades.

SEÑALES DE ESPERANZA

Estas historias y cifras no deben inmovilizarnos. Debemos llamar a la oración, la reflexión y la acción. No se trata aquí de "una cosa más por la cual sentirse mal", sino más bien de una oportunidad para poner nuestra fe en acción, para ser la "levadura" en la sociedad, para enarbolar las virtudes y principios éticos que acrecientan la dignidad humana. Podemos marcar una diferencia si nos movilizamos para combatir la pobreza, porque así lo hemos hecho en el pasado. Consideremos los siguientes ejemplos:

- Décadas atrás, los estadounidenses más viejos estaban entre los más pobres de la nación. Nuestra nación asumió el compromiso de ofrecer seguridad económica y atención sanitaria para asegurar que nuestros ciudadanos mayores pudieran vivir con dignidad. En las últimas décadas, las tasas de pobreza entre las personas de edad han caído dramáticamente.¹⁰ Debe hacerse más todavía, pues hay aún personas mayores que afrontan dificultades económicas, incluyendo el costo de las medicinas bajo receta. Pero el compromiso nacional y la inversión compartida han marcado una enorme diferencia en la vida de millones de personas de edad.
- Después de la Segunda Guerra Mundial, el Plan Marshall ayudó a reconstruir Europa y convertir a los adversarios en aliados.
- Con los años, se han hecho progresos contra el hambre, la mortalidad infantil y la pobreza en algunas regiones del mundo, y la esperanza de vida ha aumentado en muchos países.¹¹
- Lo más significativo es que las mismas personas pobres, en Estados Unidos y en el extranjero, están trabajando para romper el ciclo de la pobreza: buscando trabajo decente, organizándose para conseguir un "salario de subsistencia", tomando elecciones prudentes, formando organizaciones comunitarias y sindicatos, y trabajando para obtener agua limpia, atención sanitaria, vivienda y educación. Están buscando su lugar en la mesa.

Hay razón para la esperanza, y ninguna excusa para la inacción.

un análisis

Las realidades de la pobreza hoy en día están configuradas por poderosas fuerzas económicas, morales y culturales. Entre éstas figura el rápido ritmo de la globalización: las crecientes conexiones globales entre nuestra vida económica, cultural, social y política. Aunque nos estamos conectando más como una sola comunidad humana, a menudo vivimos y trabajamos en economías muy diferentes.¹²

- Algunas personas están *impulsándose hacia delante*, echando mano a su educación y posición para aprovechar las oportunidades de la vida económica y el mercado global.
- Muchas personas están *quedando atrás*. Carecen de la educación, las habilidades, el acceso y la oportunidad para competir. Entre ellas figuran los hambrientos y sin techo, los agricultores de subsistencia, las víctimas de la discriminación, los que sufren de sida, los atrapados en conflictos violentos, y los inmigrantes y refugiados sin la documentación correcta o habilidades con los idiomas. La discriminación, los bajos salarios, la explotación laboral, el comercio injusto y otras políticas dejan a muchos marginados de la vida económica.
- Muchas personas están *luchando*. Tienen empleos o granjas pero carecen del ingreso, de la atención sanitaria de y otros beneficios para criar una familia con dignidad. Están trabajando duro, pero no logran salir adelante. Su seguridad financiera está sujeta a decisiones de inversión, tendencias de mercado, precios mundiales de las mercancías y otras fuerzas económicas que están fuera de su control. Están preocupados por mantener sus empleos o sus granjas, alimentar y educar a sus hijos, pagar la atención sanitaria y ahorrar para su vejez.

Nuestra vida económica se ve moldeada cada vez más por la globalización económica, que ofrece a la vez nuevo potencial y nuevos problemas. Algunos ven este proceso como la fuente de muchos de los males del mundo. Para otros, es la solución. La cuestión no es si estas fuerzas continuarán, sino si impulsarán a la gente hacia arriba o la empujarán hacia abajo, si separarán a la gente o la juntarán. ¿Aumentará la globalización las brechas entre ricos y pobres, o tenderá nuevos puentes económicos y promoverá mayor participación en la vida económica entre todas las personas? Como comunidad de fe, podemos buscar moldear lo que nuestro Santo Padre llama una "cultura global de la solidaridad". Debemos evaluar la globalización económica desde cada ángulo, pero especialmente "de abajo hacia arriba", enfocándonos primero en cómo toca a la gente que no tiene ningún lugar en la mesa.

una tradición

LA VISIÓN BÍBLICA

Nuestra fe nos llama a observar la vida económica en términos de sus dimensiones morales y humanas. La preocupación por los pobres resuena a todo lo largo de las Escrituras: en la pasión de los profetas, en las palabras y testimonio de Jesús, y en el ejemplo de la Iglesia de los primeros días. La Iglesia ha vivido esta preocupación en cada época y en cada lugar. Nuestro compromiso con los que se encuentran en la mayor necesidad se basa en la visión bíblica del carácter sagrado de toda vida humana. En el Antiguo Testamento, el libro del Génesis nos enseña que cada persona está hecha a la imagen y semejanza de Dios¹³ y dotada de inalienable dignidad, sin distinción de quiénes somos, dónde hemos nacido o qué hemos logrado. Como creyentes, estamos llamados a tratar a todas las personas —especialmente a los que sufren— con respeto, compasión y justicia.

El Génesis nos enseña también que toda la creación fue hecha por Dios y que en último término pertenece a Dios.¹⁴ Los bienes de la creación deben usarse para fomentar el reino de Dios y el bienestar de todos. La propiedad privada es importante para asegurar la libertad y la dignidad, y para ayudar a la gente a satisfacer sus necesidades básicas, pero los bienes de la creación no deben ser controlados por algunos a costa de la injusticia contra otros.¹⁵

En todo el Antiguo Testamento, Dios llama a su pueblo a velar por quienes se encuentran marginados de la sociedad.¹⁶ El Dios de Israel es un Dios de justicia que protege y defiende a los pobres.¹⁷ Los profetas recordaron claramente al pueblo de Israel que una prueba de su fidelidad era la manera en que trataban a sus pobres y vulnerables: las viudas, los huérfanos y los extranjeros.¹⁸

En el Nuevo Testamento, aprendemos cómo Jesús compartió su amor de una manera especial con los que eran pobres o vulnerables. En la parábola del hombre rico y Lázaro, y en la parábola del joven rico, Jesús nos urgió a no ignorar a los que sufren en medio de nosotros y advirtió que el apego a las riquezas puede ser una barrera para el discipulado.¹⁹

Aunque Jesús nos recordó que en un mundo menoscabado por el pecado, los pobres siempre estarían con nosotros,²⁰ también nos desafió a verlo a él en los que tienen hambre o sed, en los forasteros, en los desnudos y encarcelados. En la descripción que hace Jesús del Juicio Final, aprendemos que cuando ignoramos a los pobres, ignoramos a Cristo mismo.²¹ Como ha declarado Juan Pablo II, esta página del Evangelio "no es una simple invitación a la caridad. .. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad. . . , no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia".²²

ENSEÑANZA SOCIAL CATÓLICA

Aplicar las Escrituras a la historia humana ha sido la tarea de los santos, líderes de la Iglesia y los creyentes ordinarios a lo largo de los siglos. La doctrina social de la Iglesia proporciona principios de reflexión, criterios de juicio y orientaciones para las elecciones que tomamos cada día.²³

En los primeros años de la Iglesia, las comunidades cristianas velaban por sus miembros más débiles compartiendo lo que tenían.²⁴ Según san Ambrosio, "No estás haciendo un regalo de tus posesiones a la persona pobre. Estás entregándole lo que es suyo. Pues lo que ha sido dado en común para el uso de todos, tú te lo has arrogado a ti mismo. El mundo les ha sido dado a todos, y no sólo a los ricos".²⁵

La enseñanza católica sobre la dignidad humana y la justicia económica ha sido centro especial de atención de muchas encíclicas papales y declaraciones de nuestra conferencia episcopal, ofreciendo temas y principios claves y aplicándolos a las problemáticas del momento. (Véase

"Marco católico para la vida económica".)

El papa Juan Pablo II insiste en que las palabras inequívocas del Evangelio nos recuerdan que hay una presencia especial de Cristo en los pobres. Esta presencia requiere que la Iglesia haga una opción preferencial por los que son pobres y vulnerables.²⁶ El principio de solidaridad nos recuerda que, como miembros de una sola familia humana, veamos al "otro" como nuestro prójimo, con quien debemos ser partícipes "del banquete de la vida al que todos son igualmente invitados por Dios".²⁷ La solidaridad nos llama a velar por nuestros semejantes necesitados que están cerca y por los que están lejos, y ver a todos los que sufren como hermanas y hermanos.²⁸

La enseñanza católica afirma que todas las personas, aun las que se encuentran marginadas de la sociedad, tienen derechos humanos básicos: el derecho a la vida y a las cosas necesarias para el adecuado desarrollo de la vida, incluyendo la fe y la familia, el trabajo y la educación, vivienda y la atención sanitaria. El trabajo es la clave en la cuestión social (cf papa Juan Pablo II, *Sobre el trabajo humano*). El trabajo no debe dejar pobre a la gente, sino que debe proporcionar un salario suficiente para alcanzar un nivel de vida acorde con la dignidad humana.²⁹ Los trabajadores tienen tanto la obligación como el derecho a trabajar,³⁰ así como el derecho a la participación, la asociación y la iniciativa económica. Esto incluye el derecho a escoger afiliarse a un sindicato y a negociar colectivamente.

En la tradición católica, la preocupación por los pobres se fomenta mediante la acción individual y común, las obras de caridad, los esfuerzos por alcanzar un orden social más justo, la práctica de la virtud y la búsqueda de la justicia en nuestra propia vida. Requiere acción para hacer frente a estructuras de injusticia que dejan a la gente en la pobreza. Los creyentes individuales estamos llamados a ser generosos compartiendo lo que tenemos con los necesitados y a promover la justicia mediante las elecciones que hacemos en el seno de nuestras familias, escuelas y centros de trabajo, y mediante nuestra participación en la vida social y económica.³¹

Nuestra doctrina social se ve expresada y enriquecida por la amplia experiencia de la Iglesia. En todo el planeta, nuestra Iglesia pone la fe en acción alimentando a los hambrientos, cobijando a los sin techo, educando a los jóvenes, velando por los enfermos, acogiendo al forastero, brindando acceso a las personas con discapacidades y trabajando por una mayor justicia y paz. La Iglesia Católica es el mayor proveedor no gubernamental de educación, atención sanitaria y servicios humanos en nuestra nación. Estamos ayudando a familias y comunidades a combatir el hambre y la falta de techo, superar la pobreza y la dependencia, construir viviendas, resistir a la delincuencia y buscar mayor justicia. Las escuelas católicas figuran entre los mejores programas contra la pobreza, ofreciendo educación de primer nivel, verdad moral y disciplina en comunidades de toda nuestra nación. Acogemos y reasentamos a muchos refugiados que huyen de conflictos y de la represión. Ofrecemos servicios de asistencia y desarrollo en más de 80 países. (Véase "Esfuerzos católicos nacionales para superar la pobreza".) El compromiso de nuestra Iglesia de encontrar un lugar en la mesa para todos los hijos de Dios se expresa en todas las regiones de nuestro país y en los lugares más pobres de la tierra. En todo el planeta, la Iglesia lleva esto adelante por lo que somos y por lo que creemos sobre Dios y la persona humana. Nuestra fe nos da la fortaleza, la identidad y los principios que necesitamos para sostener este trabajo.

una dirección

Nuestros esfuerzos por servir y ponernos del lado de los pobres reconocen y se basan en los roles y responsabilidades esenciales de cuatro instituciones. En cierto sentido, la mesa que buscamos para todos descansa en estas cuatro instituciones, o pies: (1) lo que pueden hacer las familias y personas, (2) lo que pueden hacer las instituciones comunitarias y religiosas, (3) lo que puede hacer el sector privado y (4) lo que puede hacer el gobierno para trabajar juntos en la superación de la pobreza.

Un primer pie de la mesa es lo que las **familias y personas** están llamadas a hacer. Toda persona tiene la responsabilidad de respetar la dignidad de las demás y de trabajar para asegurar no sólo sus propios derechos sino también los derechos de los demás. Cada día, en todo el mundo los padres hacen sacrificios por el bienestar de sus hijos. Los padres son los guardianes de la vida y dignidad de sus hijos. El apoyo al matrimonio y a la vida familiar está en el centro de nuestra campana para restablecer la dignidad y superar la pobreza en favor de los niños. Las políticas públicas y todas nuestras instituciones deben recompensar, alentar y apoyar a los padres, incluyendo a los padres o madres solteros, que toman decisiones prudentes por sus hijos. Su duro trabajo, su amor y disciplina, y su tiempo y presencia dentro de sus familias son un don no sólo para sus hijos, sino para nuestra sociedad y para el bien común. Son también inversiones significativas para evitar o escapar de la pobreza.

Un segundo pie de la mesa es el rol y responsabilidad de las **organizaciones comunitarias e instituciones** basadas en la fe. Estas instituciones pueden ayudar a las familias a hacer buenas elecciones y superar la discriminación y otros obstáculos. Pueden hacer frente a las estructuras de injusticia y construir comunidad, y pueden exigir rendición de cuentas a los funcionarios públicos. La fe es un compromiso religioso; es también un recurso de la comunidad. En los problemas más graves, en los vecindarios y aldeas más duros y desesperados, las instituciones religiosas y comunitarias están presentes y marcan una diferencia. En Estados Unidos, la creciente atención prestada a las instituciones basadas en la fe y a otras instituciones comunitarias es el reconocimiento retrasado de la obra realizada por las escuelas católicas, las instituciones católicas de atención sanitaria, Catholic Charities, la Campaña Católica para el Desarrollo Humano y otros grupos. Aquí y en el extranjero, nuestras parroquias y escuelas deben seguir teniendo en claro su identidad y misión, y deben continuar siendo faros de esperanza y centros de ayuda para las familias y comunidades pobres.

Un tercer pie de la mesa es el **mercado y las instituciones empresariales, comerciales y sindicales**. El sector privado debe ser no sólo un motor de crecimiento y productividad, sino también un reflejo de nuestros valores y prioridades, un contribuyente al bien común. Los ejemplos de codicia y malversación deben ser reemplazados por modelos de responsabilidad corporativa. Tanto los empleadores como el movimiento laboral deben ayudar a que los trabajadores más pobres tengan voz y lugar en la mesa donde se establecen los salarios y las condiciones de trabajo. Una medida clave del mercado es si suministra trabajo y salario decentes a las personas, especialmente a quienes se encuentran al margen de la vida económica. Los padres deben poder proporcionar una vida con dignidad a sus hijos por medio de su trabajo. Los obreros y agricultores en este país y en todo el mundo necesitan salarios de subsistencia, acceso a la atención sanitaria, vacaciones, y permiso familiar y médico, voz y participación real en el centro de trabajo, y la perspectiva de una jubilación decente. El trabajo debe ser un escape de la pobreza, no otra versión de ésta. El proceso de globalización debe brindar oportunidades para la participación de las personas más pobres y para el desarrollo económico de las naciones más pobres.

Un cuarto pie esencial de la mesa es el rol y las responsabilidades del **gobierno**, que es un medio para hacer juntos lo que no podemos realizar por nuestra cuenta. En la tradición católica, el gobierno tiene un rol positivo debido a su responsabilidad de servir al bien común, de proporcionar una red de seguridad a los vulnerables y ayudar a superar la discriminación y a asegurar iguales oportunidades para todos. El gobierno tiene responsabilidades ineludibles hacia los pobres y vulnerables, para asegurar sus derechos y defender su dignidad. La acción

gubernamental es necesaria para ayudar a superar las estructuras de injusticia y mal uso del poder y para abordar problemas que están fuera del alcance de los esfuerzos individuales y comunitarios. El gobierno debe actuar cuando estas otras instituciones fallen en la defensa de los débiles y la protección de la vida humana y de los derechos humanos.

El debate sobre cómo abordar la pobreza en Estados Unidos y en el extranjero se enfoca muy a menudo en sólo uno de estos cuatro fundamentos y descuida los demás. Aunque estos cuatro elementos trabajan juntos de maneras diferentes en diferentes comunidades, una mesa puede caerse sin cada uno de los pies. Algunos enfatizan la responsabilidad familiar o el rol de los grupos religiosos y comunitarios. Algunos insisten en que el mercado puede resolver todos nuestros problemas. Otros ven una solución del gobierno a cada desafío, mientras que otros más ven la corrupción gubernamental como un obstáculo insuperable para el desarrollo. Estas posiciones estrechas no son nuestra tradición. El proceder católico es reconocer el rol esencial y las responsabilidades complementarias de las familias, las comunidades, el mercado y el gobierno para trabajar juntos en la superación de la pobreza y el fomento de la dignidad humana.

Los esfuerzos por superar la pobreza no deben verse distorsionados por agendas ideológicas. Escuchamos debates sobre más responsabilidad personal versus más amplia responsabilidad social: virtud personal versus mejores políticas públicas. Todo esto es necesario. Los padres tienen que hacer buenas elecciones para sí y sacrificios por sus hijos. También necesitan ayuda mediante políticas públicas prudentes que los ayuden a vivir con dignidad y superar la injusticia.

También escuchamos debates entre quienes abogan por una mayor inversión en los países pobres y también una mayor rendición de cuentas por parte de éstos. Ambas son necesarias. Necesitamos mayor alivio de la deuda y asistencia al desarrollo y necesitamos, también, más transparencia y rendición de cuentas para asegurar que estas inversiones estén mejorando la vida, salud, educación y vivienda de las personas más pobres sobre la tierra.

La United States Conference of Catholic Bishops apoya (1) un trabajo decente, salarios de subsistencia y derechos para los trabajadores, (2) una atención sanitaria accesible y asequible para todos, (3) una genuina reforma de la asistencia social, que ayude a las familias a escapar de la pobreza a medida que dejen la dependencia y (4) un tratamiento justo a inmigrantes, agricultores y trabajadores agrícolas. Nuestra Conferencia apoya los esfuerzos para reducir la deuda y aumentar la asistencia al desarrollo, oponerse a la corrupción y poner fin a la explotación, y refrenar los conflictos y la violencia, todo lo cual disminuye o destruye la vida de la gente pobre. (Véase "Declaraciones de la USCCB sobre cuestiones económicas".)

Continuaremos con este trabajo de incidencia, y exhortamos a otros a unirse a nuestros esfuerzos. Haremos todo lo que podamos para hacer escuchar nuestra voz especialmente conforme se reformule la asistencia social, conforme se revisen las políticas sobre los inmigrantes y refugiados, y conforme se pongan en vigor nuevas inversiones y enfoques de asistencia exterior. Cada católico y todas nuestras comunidades de fe están llamados a unirse a la búsqueda de los valores morales y virtudes y de las políticas justas e inversiones sociales que ayuden a la gente a escapar de la trampa de la pobreza y a superar las barreras de la injusticia. Reconocemos que las elecciones que hagamos para construir el bien común exigirán sacrificios de todos nosotros. Quienes tienen más pueden hacer elecciones para usar menos, compartir más y abogar por mayor justicia, para que todas las personas tengan los recursos para sustentarse a sí mismas y a sus familias. Para que todos tengan un lugar en la mesa, algunos de nosotros tal vez tengamos que ocupar un lugar más pequeño en la mesa.

En una época en que nuestra nación está buscando responder al terrorismo, hay un foco de atención urgente y necesario en la seguridad. Es imperativo identificar y erradicar las injusticias que alimentan al terrorismo. Parte de este esfuerzo debe ser una inversión en la esperanza, una mirada centrada en las raíces de la violencia y un compromiso de compartir equitativamente las cargas y las oportunidades en nuestra nación y en nuestro mundo. La insistencia del papa Pablo VI en que "si quieres paz- trabaja por la justicia" sigue siendo un sabio consejo. La unidad nacional, la solidaridad global, la seguridad dentro de nuestro país y

la existencia de un mundo más pacífico se promueven procurando una vida decente y digna para todos los hijos de Dios. Buscamos no sólo un mundo más seguro, sino también un mundo mejor.

una llamada

Para los creyentes, esta misión no es simplemente un asunto de economía o política, sino de discipulado. Podemos a veces discrepar en cuanto a los detalles sobre la mejor manera de servir a los necesitados, de superar la pobreza y fomentar la dignidad humana, pero a un cristiano le es imposible decir; "Ésta no es mi tarea". Esta misión es una parte esencial de lo que nos hace discípulos de Cristo. Como insiste la Carta de Santiago,

Si un hermano o una hermana no tienen con qué vestirse ni qué comer, y ustedes les dicen: "Qué les vaya bien; caliéntense y aliméntense", sin darles lo necesario para el cuerpo, ¿de qué les sirve eso? Lo mismo ocurre con la fe: si no produce obras, muere sólita.³²

Esta es una época para la fe demostrada con buenas obras. Tal discipulado empieza con *la oración y el culto*. La oración es esencial si esperamos de verdad practicar la caridad y promover la justicia para los necesitados. No podemos rendir culto a un Dios del amor o seguir el ejemplo de preocupación de Cristo por los que son "los más pequeños", si este amor y preocupación no se reflejan sistemáticamente en nuestras celebraciones litúrgicas. Los pobres y los vulnerables nunca deben ser olvidados en nuestro culto público o en nuestra oración privada. Tal como guardamos juntos el domingo en todo el mundo, debemos trabajar juntos en solidaridad el resto de la semana para vivir el Evangelio.

La predicación, la educación y la formación en nuestras comunidades de fe deben reflejar la opción de la Iglesia por los pobres y vulnerables. Mediante la predicación, la educación y la formación religiosa, reflexionamos y transmitimos a otros las creencias que compartimos como seguidores de Jesús. Si han de ser leales a las exigencias del discipulado, entonces las homilias, los programas de formación en la fe, las escuelas, universidades y seminarios deben reflejar la preocupación de Cristo por los necesitados. Deben también afirmar la enseñanza de nuestra Iglesia sobre la obligación de servir a los demás, de derrotar las estructuras del pecado y de trabajar por una mayor justicia en el mundo. Exhortamos a quienes predicán y a quienes enseñan a hacer más para compartir constantemente —en nuestras parroquias, escuelas, universidades y seminarios— el llamado a servir y promover la justicia en favor de quienes son pobres.

Cada uno de nosotros tiene muchas oportunidades en su *vida diaria* de hacer elecciones que ayuden o perjudiquen a los más vulnerables. En nuestras familias, podemos dedicar tiempo para servir a los necesitados e involucrarnos en esfuerzos que promuevan la justicia. Podemos criar a nuestros hijos con una ética de servicio y pasión por la justicia. Como trabajadores, propietarios y gerentes, los católicos deben contribuir a un centro de trabajo que sea seguro y respetuoso, donde los trabajadores tengan voz y puedan ganar lo suficiente para mantenerse a sí mismos y a sus familias. Como consumidores y como inversionistas, podemos apoyar a las empresas que contribuyan al bien común, traten con justicia a los trabajadores y no exploten a los pobres y a los vulnerables. Como consumidores, podemos vivir también más simplemente de modo que pueda haber suficiente en la mesa para todos. Como ciudadanos fieles, debemos tomar en serio nuestras responsabilidades de votar y expresar nuestras convicciones en respaldo de políticas públicas, que defiendan la vida humana y promuevan la dignidad humana de todos, especialmente la de los pobres y vulnerables.

La Iglesia Católica tiene una rica tradición de ayudar a gente en situación de riesgo. Cada creyente está llamado a *servir a los necesitados*. Mediante parroquias y diócesis, y a través de comités y organizaciones, albergamos a los sin techo, alimentamos a los hambrientos, visitamos a los encarcelados, acogemos a los inmigrantes y prestamos otros incontables servicios. Aunque podemos estar orgullosos de lo que la Iglesia ya hace, que cada creyente se comprometa hoy a una mayor participación personal en cumplir con las exigencias del Evangelio y en satisfacer las necesidades de nuestros hermanos y hermanas. Cada uno de nosotros debe involucrarse en esfuerzos por compartir lo que tenemos y derrotar las

estructuras de injusticia. Debemos también dedicar tiempo en nuestra ocupada vida para ayudar a quienes tienen necesidades urgentes.

El Evangelio y la enseñanza católica requieren que sirvamos a los necesitados y *trabajar por una sociedad y un mundo más justos*. Tanto la caridad como la justicia son requerimientos de nuestra fe. Como ciudadanos de la democracia más poderosa de la tierra, tenemos oportunidades únicas para usar nuestras voces y votos con el fin de moldear una comunidad más solícita, una nación más justa y un mundo más pacífico. Podemos unirnos a otros en nuestras parroquias, organizaciones comunitarias locales y redes legislativas. También podemos unirnos a parroquias y diócesis de otras partes del mundo, y en formas de acción e incidencia ecuménicas y de otro tipo. Cuando la gente se une para exigir respeto a su dignidad y a sus derechos, no sólo se ayuda a sí misma, sino que también fortifica la comunidad entera y fomenta el bien común. Nuestra fe nos llama al compromiso, no al retiro; a renovar la tierra, no a huir del mundo.

La virtud más desafiante de nuestra época puede ser la *solidaridad*. Éste ha sido un elemento definidor del liderazgo y testimonio del papa Juan Pablo II.³³ El Santo Padre insiste en que cualesquiera sean nuestras diferencias nacionales, étnicas, religiosas o económicas, todos somos hijos de Dios, miembros de una sola familia humana. "Amar a nuestro prójimo" tiene dimensiones globales en un mundo que se está reduciendo. En nuestra oración, formación, servicio y ejercicio ciudadano, y en nuestros programas de hermanamiento y extensión, debemos traspasar los límites del vecindario y la nación para reconocer el tejido de la vida que nos conecta a todos en esta edad de la globalización.

Cada uno de nosotros debemos encontrar maneras concretas de actuar de acuerdo con esta misión en nuestra vida. En los materiales que se basan en esta reflexión y la complementan pueden encontrarse recursos para llevar adelante esta forma de discipulado cristiano como individuos y como parroquias, diócesis, escuelas y programas educativos.

un desafío

El llamado a superar la pobreza y a afirmar la dignidad humana no es nuevo. Es tan antiguo como los profetas y tan actual como los titulares de hoy. Y hoy este desafío es especialmente imperioso, porque tenemos la capacidad de marcar una diferencia y porque el impacto de una rápida globalización lo hace más urgente. Aprovechando los progresos pasados y las nuevas oportunidades, podemos hacer de estos tiempos una época de esperanza. La esperanza ofrece la promesa de que, con la ayuda de Dios, con un sacrificio compartido, una inversión prudente y un renovado compromiso, podemos de manera efectiva reducir sustancialmente los niveles de pobreza, de hambre y de privaciones humanas en nuestra propia tierra y en todo el mundo.

La 1ª Carta de Juan nos llama a la tarea:

Si uno goza de riquezas en este mundo y cierra su corazón cuando ve a su hermano en apuros, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijitos, no amemos con puras palabras y de labios para afuera, sino de verdad y con hechos.³⁴

Esta no es una época de "puras palabras y de labios para afuera", sino de compromiso "de verdad y con hechos" de los católicos en Estados Unidos, para trabajar con otros con el fin de hacer un lugar en la mesa para todos los hijos de Dios.

apéndice A

Marco católico para la vida económica

La Conferencia de Obispos de Estados Unidos ha identificado diez temas extraídos de la enseñanza social católica, que representan un "Marco católico para la vida económica". Estos temas y la enseñanza que reflejan ofrecen dirección a nuestros esfuerzos por moldear una economía que haga un lugar en la mesa a todos los hijos de Dios.

1. La economía existe para la persona, no la persona para la economía.
2. Toda la vida económica debe ser moldeada por principios morales. Las opciones e instituciones económicas deben juzgarse según cómo protegen o socavan la vida y dignidad de la persona humana, apoyan a la familia y sirven al bien común.
3. Una medida moral fundamental de toda economía es cómo les está yendo a los pobres y vulnerables.
4. Todas las personas tienen el derecho a la vida y el derecho a asegurar las necesidades básicas de la vida (a saber, el alimento, el vestido, el cobijo, la educación, la atención sanitaria, un medio ambiente seguro y seguridad económica).
5. Todas las personas tienen el derecho a la iniciativa económica, al trabajo productivo, a salarios y beneficios justos, a condiciones de trabajo decentes, y a organizar y afiliarse a sindicatos u otras asociaciones.
6. Todas las personas, en la medida de sus posibilidades, tienen el correspondiente deber de trabajar, la responsabilidad de proveer a las necesidades de sus familias y la obligación de contribuir con la sociedad en general.
7. En la vida económica, los mercados libres tienen a la vez claras ventajas y límites; el gobierno tiene responsabilidades y limitaciones esenciales; los grupos voluntarios tienen roles irremplazables, pero no pueden sustituir el funcionamiento adecuado del mercado y las políticas justas del estado.
8. La sociedad tiene la obligación moral, incluyendo la acción gubernamental donde sea necesaria, de asegurar oportunidades, satisfacer necesidades humanas básicas y procurar la justicia en la vida económica.
9. Los trabajadores, propietarios, gerentes, accionistas y consumidores son agentes morales en la vida económica. Con nuestras elecciones, iniciativa, creatividad e inversión, acrecentamos o disminuimos las oportunidades económicas, la vida en comunidad y la justicia social.
10. La economía global tiene dimensiones morales y consecuencias humanas. Las decisiones sobre la inversión, el comercio, la asistencia y el desarrollo deben proteger la vida humana y promover los derechos humanos, especialmente en favor de los más necesitados, dondequiera que vivan en este planeta.

* El texto completo de *Marco católico para la vida económica* y otros documentos sobre problemáticas económicas pueden solicitarse a USCCB Publishing llamando al teléfono gratuito 800-235-8722 o visitando la página web de los obispos de EE.UU. en www.uscch.org.

apéndice B

Esfuerzos católicos nacionales para superar la pobreza: Oportunidades y recursos

Además de las Escrituras y de la enseñanza social católica, la comunidad católica aporta a nuestro trabajo sobre la pobreza una amplia gama de experiencia en el servicio a los pobres y en el respaldo de su dignidad y derechos. Todos pueden unirse a estos esfuerzos y usar valiosos recursos producidos por organizaciones y programas católicos. Las siguientes organizaciones nacionales clave del ministerio social católico están asociadas con la USCCB:

Campaña Católica para el Desarrollo Humano: Para información y materiales educativos sobre la pobreza en Estados Unidos, visite www.povertyusa.org. Para información sobre el programa de la Iglesia para apoyar grupos de autoayuda en barrios de bajos ingresos, visite www.usccb.org/cchd

Catholic Charities USA: Para recursos del ministerio social parroquial, materiales para incidencia e información sobre cómo la comunidad católica sirve a la gente necesitada en todo Estados Unidos, visite www.catholiccharitiesusa.org

Catholic Health Association: Para recursos e información sobre la atención sanitaria y sobre los esfuerzos católicos para prestar atención en salud accesible y asequible para todos, visite www.chausa.org

Catholic Relief Services: Para materiales de educación e incidencia sobre temas internacionales, así como información sobre los esfuerzos de asistencia y desarrollo de la Iglesia en Estados Unidos en lugares de todo el mundo, visite www.catholicrelief.org

Departamento de Desarrollo Social y Paz Mundial de la USCCB: Para recursos parroquiales y materiales educativos, así como recursos para incidencia e información general sobre los esfuerzos de los Obispos de Estados Unidos para abordar las problemáticas de la justicia y de la paz- visite www.usccb.org/sdwp

Servicios de Migración y Refugiados: Para recursos parroquiales, materiales para incidencia e información general sobre los programas de la Iglesia en Estados Unidos para apoyar y reasentar inmigrantes y refugiados, visite www.usccb.org/mrs

Hay muchas otras organizaciones dentro de la comunidad católica y fuera de ella, que ofrecen programas y recursos para comprender y responder a la pobreza. En todo el país, hay muchos *programas diocesanos* y *parroquiales* que ofrecen ayuda esencial a gente pobre que lucha por vivir con dignidad. Asimismo, las *conferencias católicas estatales* y las *oficinas diocesanas del ministerio social* trabajan en las problemáticas de la justicia y brindan información útil a escuelas y parroquias. Los católicos se unen a muchos grupos ecuménicos, inter-credos y otros para defender la dignidad humana. Para más información, visite www.usccb.org/sdwp

apéndice C

Declaraciones de la USCCB sobre cuestiones económicas

En estas breves reflexiones, no buscamos aplicar la enseñanza social católica o abogar por orientaciones de política en temas específicos. Desde hace años nuestra conferencia ha abordado las dimensiones morales de la pobreza en nuestro país y el extranjero. Otros documentos de la USCCB traen ya criterios de política en una gama de temas clave relacionados con la pobreza. Entre las declaraciones más recientes figuran

Marco católico para la vida económica

Un compromiso con todas las generaciones: La seguridad social y el bien común

Una década después de "Justicia económica para todos": Principios permanentes, contexto cambiante, nuevos desafíos

Marco para una reforma general de la atención sanitaria

Llamado del Jubileo a perdonar la deuda

Llamados a la solidaridad global

Justicia económica para todos

Política alimentaria en un mundo hambriento

Los sin techo y la vivienda: Una tragedia humana, un desafío moral

Caridad en todas las cosas

Principios morales y prioridades de política para la reforma de la asistencia social

Los niños y las familias primero

Acogida y justicia para las personas con discapacidades

Estos documentos pueden ser solicitados a USCCB Publishing llamando al teléfono gratuito 800-235-8722 o pueden ser obtenidos visitando la página web de los obispos de EE.UU. En la misma página (www.usccb.org) pueden encontrarse testimonios y alertas de acción recientes sobre estos temas y otros relacionados.

NOTAS

- 1 U.S. Census Bureau, *Poverty in the United States 2000*.
- 2 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Informe sobre Desarrollo Humano 2002*.
- 3 Mt 25:44-45.
- 4 Le 4:18.
- 5 Grupo del Banco Mundial, *Indicadores del Desarrollo Mundial 2000*.
- 6 Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, *Estado de la inseguridad alimentaria en el mundo, 1999*.
- 7 U.S. Census Bureau, *Census 2000 Supplemental Survey*.
- 8 U.S. Census Bureau, *Current Population Survey, 2001*.
- 9 U.S. Census Bureau, *Poverty in the United States 2000*.
- 10 *Ibíd.*
- 11 Grupo del Banco Mundial, *Indicadores del Desarrollo Mundial 2000*.
- 12 Véase Obispos Católicos de EEUU, *Décima edición de "Justicia económica para todos"*, (Washington, D.C.: United States Conference of Catholic Bishops, 1997, N°4-5).
- 13 Véase Gen 1:26-27.
- 14 Véase Gen 1:26-30,15:18.
- 15 Véase *Catecismo de la Iglesia Católica (CIC)*, 2ª ed. (Washington, D.C.: United States Conference of Catholic Bishops, 2000), N° 2402-2407.
- 16 Véase Lev 19:9-15.
- 17 Véase Sal 113:7, 140:13.
- 18 Véase Is 10:1-5; Jer 22:3; Ez22:29-31.
- 19 Véase Lc 16:19-31.
- 20 Véase Mt 26:11.
- 21 Véase Mt 25:44-45.
- 22 Papa Juan Pablo II n, *Novo Millennio Ineunte*, N° 49.
- 23 Véase CIC, N° 2423.
- 24 Véase Hechos 4:32-34.
- 25 De Nabuthe, c. 12, n. 53; (PL 14, 747). Cf. J. R. Palanque, *Saint Ambrose et l'empire romain* (París: de Boccard, 1933), 336ss.
- 26 Véase *Novo Milennio Ineunte*, N° 49.
- 27 Papa Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis (Sobre la preocupación social)* (Washington, D.C.: United States Conference of Catholic Bishops, 1988), N° 39.
- 28 Véase Papa Juan XXIII, *Mater et Magistra (Sobre el cristianismo y el progreso social)*, N°157.
- 29 Véase Papa Juan XXIII, *Pacem in Terris (Paz en la tierra)* (Washington, D.C.: United States Conference of Catholic Bishops, 1963), N° 20.
- 30 Véase papa Juan Pablo II, *Centesimus Annus (Sobre el centenario de Rerum Novarum)* (Washington, D.C.: United States Conference of Catholic Bishops, 1991), N° 43.
- 31 Véase papa León XIII, *Rerum Novarum (Sobre la situación de los obreros)*, N° 35-36.
- 32 St 2:15-17.
- 33 Véase *Sollicitudo Rei Socialis*, N°38.
- 34 1Jn 3:17-18.